

minuya la prerogativa ni que se nos concedan tampoco nuevos derechos ó privilegios. Por lo demás, siempre acataremos con el mas profundo respeto la régia autoridad, conservando cuidadosamente nuestras buenas relaciones con el pueblo de la Gran Bretaña.

Reconociendo nuestros deberes hácia V. M. y sincero afecto á la madre patria, pero fuertes con nuestro derecho y deseando probar nuestra lealtad, presentamos esta petición en la esperanza de que se nos alivie de los gravámenes que pesan sobre nosotros á consecuencia de las medidas adoptadas desde la conclusion de la última guerra con objeto de crear una renta en América. De la magnanimidad y justicia de V. M. y del Parlamento esperamos que será atendida la súplica de los que suscriben, asegurando, en cambio, que en cuanto hayan desaparecido las causas del malestar que nos aflige, probaremos con nuestra futura conducta que somos dignos de las consideraciones á que estábamos acostumbrados en dias mas felices. Apelando al testimonio de aquel Ser que juzga imparcialmente á sus criaturas, aseguramos de una manera solemne que nuestros Consejos, al proceder como lo hacen, no tienen mas objeto que impedir las funestas consecuencias de un grave trastorno.

Permitidnos, pues, Señor, que elevemos nuestra voz hasta el trono, en nombre del leal pueblo de América y en el de las leyes del Altísimo, á cuya pura religion están faltando nuestros enemigos. Aun cuando solo sea por vuestra gloria, que se realizará con la felicidad de vuestros súbditos; por los intereses de vuestra familia y por la salvacion y bienestar de vuestros reinos y dominios, amenazados de inminentes peligros y dolorosas calamidades, rogamos á V. M. atienda la súplica de aquellos que aunque viviendo en un pais lejano, están enlazados íntimamente con ese pueblo por las leyes, por la sangre y por su lealtad. Abrigamos la confianza de que nuestro soberano no permitirá que se disuelvan los lazos que hasta ahora nos unieron, para conseguir proyectos que si llegaran á realizarse seria á costa de grandes calamidades.

En vista de lo espuesto, rogamos á V. M. que interponga su régia autoridad para que se atienda á nuestras quejas, esperando que esta petición sea favorablemente contestada.

Que V. M. disfrute largos años de felicidad en un próspero y glorioso reinado, así como tambien todos vuestros descendientes, es y será siempre nuestro mas ardiente y sincero deseo.

## CAPÍTULO XIII.

1775.

### ÚLTIMO AÑO DE LA DEPENDENCIA COLONIAL.

Consecuencias de la batalla de Lexington.—Stark y Putnam.—Opiniones de Washington.—Conducta del Congreso de Massachusetts.—Leva de tropas.—Sitio de Boston.—El capitán general Ward.—Ethan Allen.—Toma de Ticonderoga y de Crown Point.—Segundo Congreso continental.—Dificultades y obstáculos con que luchó.—Su política.—El Congreso autoriza una emision de tres millones de duros en papel moneda.—Congreso provincial de Nueva-York.—Nombramiento de un comandante en jefe.—Washington es elegido unánimemente para este cargo.—Discurso que pronunció al aceptar.—Renuncia á su sueldo.—Nombramiento de cuatro mayores y ocho brigadieres generales.—Washington empieza á desempeñar sus funciones.—Llegada de refuerzos á Boston.—Gage propone activas medidas.—Breed's Hill es fortificado por equivocacion.—Se trata de desalojar á los Americanos.—Batalla de Bunker's Hill.—Gran matanza de las tropas reales.—Importancia de esta batalla.—Muerte de Warren.—Washington encuentra el ejército careciendo de todo.—Se hacen vigorosos esfuerzos para organizar y disciplinar el ejército.—Nueva emision de papel moneda por el Congreso.—Los indios y discurso que se les dirigió.—Política del coronel Guy.—Johnson.—Georgia se une á otras colonias.—Los delegados.—Las Trece Colonias Unidas.—Disgustos de Washington.—Necesidad de un ejército regular.—Correspondencia del general Gage.—Muchos colonos no se muestran dispuestos á separarse de la madre patria.—Declaracion de la independenciam de Mecklenburg.—Espedicion al Canadá.—Toma de Montreal.—Asalto de Quebec.—Muerte de Montgomery.—Los americanos son arrojados del Canadá.—Washington conferencia con el Congreso acerca de las tropas.—El Consejo de guerra se opone al deseo de Washington de atacar á Boston.—Ultrajes inferidos por la escuadra.—Apéndice al capítulo XIII.—Declaracion manifestando las causas y necesidad de que las colonias tomasen las armas.—Segunda petición al rey.

No nos es posible describir la violenta indignacion que se apoderó de todas las colonias al recibir las noticias relativas á la batalla de Lexington. Habíase vertido 1775. sangre entre hermanos, y esto clamaba venganza. De todas partes acudieron inmediatamente numerosos voluntarios, que fueron á recorrer el lugar de la accion, y á los pocos dias la ciudad de Boston fué sitiada por el ultrajado pueblo. Stark, de New-Hampshire, se puso en camino, diez minutos despues de tener conocimiento del suceso, para ir á reunirse con los demás patriotas, é Israel Putnam, de Connecticut, que se ocupaba pacíficamente en labrar la tierra y que

tenia ya sesenta años, dejó acto continuo su arado en medio del campo al recibir la noticia, y sin pasar siquiera por su casa, dirigióse inmediatamente á buscar á sus compañeros. Con motivo de haber intentado Lord Dunmore imitar la conducta de Gage en lo de apoderarse de ciertos almacenes militares, toda la Virginia se habia levantado en masa, y solo la prudencia del gobernador impidió que se vertiera sangre. En Nueva-York, en Philadelphia y toda la parte del Sur el espíritu del pueblo era el mismo que el de los ciudadanos de Massachusetts, y todos estaban unánimes en reconocer que una vez desenvainado el acero, con él debia resolverse

la lucha. «Es muy doloroso, decia Washington en una carta que escribió á Fairfax, hablándole sobre la batalla de Lexington, pensará en la lucha fratricida que ha presenciado nuestro país, tanto mas si se reflexiona que las tranquilas llanuras de América han de verse en lo sucesivo cubiertas de sangre ó habitadas por esclavos. ¡Triste alternativa! Pero, ¿puede un hombre virtuoso vacilar en la eleccion?»

El Congreso de Massachusetts, que celebraba sus sesiones en aquella ocasion, tomó inmediatamente sus medidas para poner en conocimiento de Inglaterra que la agresion habia partido de las tropas británicas, espionando asimismo al monarca «que apelaban al cielo para la justicia de su causa, y que todos estaban resueltos á morir ó ser libres.» El pueblo se apoderó prontamente de los fuertes, almacenes y arsenales, reuniéronse tropas y se hizo una nueva emision de papel moneda. La ciudad de Boston fué sitiada luego por una fuerza de veinte mil hombres, los cuales formaron una línea que se extendia desde Roxbury hasta el rio Mystic, y Artemas Ward fué nombrado capitán general de las tropas procedentes de las colonias vecinas, que se hallaban resueltas á defender á Massachusetts en su conflicto.

Algunos hombres atrevidos para quienes era evidente la proximidad de la guerra, habian formado un plan para apoderarse de Ticonderoga y Crown Point, y uno de ellos, Ethan Allen (\*), reuniendo á los habitantes

(\*) Cuéntase una anécdota ocurrida con el héroe de Vermont cuando éste se hallaba prisionero bajo palabra en Nueva-York. Rivington, impresor del rey, habia dicho cosas muy ofensivas contra los Whigs en su *Gaceta*, y al leerlas Allen, juró que daría cuenta del autor la primera vez que lo encontrase. Hé aquí cómo refiere el mismo Rivington la historia: «Hallábame un dia sentado á la mesa despues de comer, con una botella de Madera delante de mí, cuando me pareció oír un ruido desusado en la calle; acerquéme á la ventana y vi un hombre muy alto con un gran sombrero de

de Green Mountain (Montaña Verde) que no llegaban á tres mil hombres, dirigióse á Castleton el 2 de mayo, donde se le incorporó Benedicto Arnold, que tambien se habia propuesto el mismo objeto. Arnold tenía el nombramiento de coronel de Massachusetts, y reclamaba el mando, pero se le rehusó rotundamente, y vióse por lo tanto en la precision de servir como voluntario ó retirarse. La partida llegó á Shoreham, frente á Ticonderoga, en la noche del 9 de mayo, y como nadie en el fuerte podia sospechar un ataque, hallábase completamente desprevenida la guarnicion. Allen y Arnold, guiados por un muchacho llamado Natan Beman, cru-

pico y una larga espada al costado, al cual seguian una porcion de muchachos que daban gritos y silbidos, sin que él pareciese hacer caso de aquel alboroto. Parecióme despues que el hombre se detenía á la puerta de mi casa, y ya no vi mas, pero el corazon me dijo que era Ethan Allen. Entonces cerré la ventana y volví á sentarme ante mi botella, persuadido de que habia llegado la hora de la venganza. No habia medio de escapar: á los pocos minutos entró mi escribiente Mr. Staples con el semblante pálido y me dijo: —Maestro, ¡ya está ahí! — Ya lo sé, repuse yo. — Ha entrado en el recibimiento, preguntándome si vive aquí Jaime Rivington, y que si estaba en casa; yo le he contestado que iba á verlo, y he venido á preguntaros, maestro, qué debemos hacer en este caso. Quedéme perplejo un momento, pero lanzando de pronto una mirada á la botella, tomé una resolucion y contesté: — Decidle que suba, pues si este rico Madera no le dulcifica, debe ser mas duro que el diamante. Hubo un momento de pausa, y á poco oí rebotar en los escalones la larga espada de mi hombre, quien entrando en la habitacion me dijo: ¿Os llamais Jaime Rivington? — Sí señor, y tengo en mucho conocer al coronel Ethan Allen. — Caballero, he venido..... — Ni una palabra mas, mi querido coronel, hasta que hayais tomado un vasito de Madera añejo. — Pero, caballero, no creo oportuno..... — No digais nada mas, coronel; probad antes este vino, que ha estado en un tonel por espacio de diez años, y ya sabeis que el vino rancio es el mejor. El coronel tomó entonces el vaso, apuró el contenido, castañateó la lengua, y haciendo con la cabeza un movimiento de aprobacion, repitió: — Caballero, he venido..... — No empeceis hasta haber tomado otro vasito, y entonces, mi querido coronel, hablaremos de antiguos negocios y de varias estrañas aventuras que os quiero contar. El desenlace de nuestro encuentro fué apurar dos botellas de Madera, despues de lo cual nos separamos los mejores amigos del mundo. » *Ethan Allen y los héroes de la Montaña verde*, por Depuy, pág. 262

zaron el rio durante la noche con solo ochenta y tres hombres, pues los demás no pudieron seguirles por falta de botas, y fueron á situarse bajo las mismas murallas del fuerte, donde su posicion llegó á ser muy crítica porque la aurora comenzaba á despuntar, y si no se sorprendia de una vez á la guarnicion, veíanse en inminente riesgo de ser cogidos. Ethan Allen no vaciló un momento, y reuniendo á sus hombres, esplicóles brevemente el caso, lanzándose luego seguido de Arnold y su gente á la puerta principal. El centinela disparó su arma y se metió en el fuerte dando la voz de alarma, pero los americanos penetraron al mismo tiempo detrás de él é hicieron prisioneros á los soldados ingleses, que en aquel momento saltaban de sus camas. Entre tanto Allen, seguido siempre de su guia, subió al cuarto del comandante Delaplace, que estaba tambien acostado, y llamando á la puerta con el pomo de su espada, ordenóle con voz estentórea que se presentase si queria evitar que muriera la guarnicion. Delaplace apareció entonces en el dintel de la puerta medio desnudo, seguido de su mujer, y mirando con asombro á su interlocutor, exclamó: «¿Quién os autoriza para obrar así? El Gran Jehovah y el Congreso continental, replicó Allen blandiendo su espada.» Viendo que no habia medio de oponerse, Delaplace se rindió, y dos dias despues Crown Point fué tambien sorprendido y tomado, habiendo caído en poder de los americanos mas de doscientas piezas de artillería y una gran cantidad de pólvora, que hacia entonces mucha falta. Con estos atrevidos golpes de mano posesionáronse los colonos de los lagos Jorge y Camplain, y quedó espedito el camino del Canadá.

El dia 10 de mayo se reunió en Philadelphia el segundo Congreso continental, y de nuevo fué elegido presidente Peiton Ran-

dolph, y secretario Carlos Thomson; pero como el primero tenia que ausentarse de Virginia, Hancock ocupó su lugar. La crisis habia llegado á su apogeo, y por lo tanto la situacion del Congreso era sumamente delicada y difícil, porque, empezada la guerra, hacíase preciso continuarla con vigor. En el primer Congreso, como siempre sucede en estos casos, todos se mostraron muy entusiasmados, pues entonces la guerra era solo probable; pero en el segundo, aunque poseidos de los mismos sentimientos, podíase esperar que algunos se resfriaran al pensar en las vicisitudes de las conmociones populares, siempre mas fáciles de escitar que de sostener. Creyendo muchos que las cosas no llegarían al último estremo y que las peticiones enviadas á Inglaterra inducirían al gobierno á condescender con los deseos de los americanos, ó bien que estos llegarían á tranquilizarse durante este tiempo, permanecieron quietos. Pero era probable que al ver que no habia medio alguno de reconciliacion, y que se hacia inevitable la guerra con el rey, á quien querian permanecer fieles, se retirarían para unirse con las fuerzas reales en contra de los autores de la revolucion. Tambien podia suceder que muchos partidarios de la libertad que confiaban en el resultado de las peticiones, se desanimasen ante la perspectiva de grandes pérdidas é inminentes peligros, con tanta mas razon cuanto que la lucha ofrecia ser tan larga como sangrienta. Ni podia tampoco esperarse que una poblacion hasta entonces pacífica, y dedicada siempre á la agricultura y al comercio, aprendiera de una vez el arte de la guerra, consagrándose á él constantemente y sin reserva alguna. Mucho mas fácil era suponer que una vez pasado el primer entusiasmo de los colonos, y al recordar la vida tranquila y pacífica de otros tiempos, depondrían su

cólera para implorar la clemencia del conquistador, y por todas estas razones era empresa no poco difícil para el Congreso tomar las más oportunas medidas á fin de conservar el celo y la energía del pueblo, esforzándose para que sus procedimientos tuvieran la misma influencia que antes en la opinión pública. Hacíase preciso establecer una buena disciplina, buscar dinero, proveerse de armas y pertrechos militares y atender sobre todo al socorro de los que lo necesitasen. También era urgente entenderse con las tribus indias, pues podía suceder que los ingleses les hicieran ofertas mucho más ventajosas que las de las colonias para tomar parte en la guerra contra América (\*).

Deseando demostrar que se adoptaban todos los medios posibles de conciliación, Dickinson propuso que se elevase al rey una respetuosa solicitud; que fué luego aprobada, aunque no sin que se opusieran enérgicamente á ello los representantes de Nueva-Inglaterra. También se redactaron varios manifiestos al pueblo de la Gran Bretaña, al de Irlanda y al del Canadá, y se señaló un día para la oración y el ayuno. Estos documentos, dice Pitkin, revelaban el mismo ardiente deseo de libertad, la misma dignidad de sentimientos y la misma energía que los formados por el primer Congreso, sin dejar de ser su estilo menos atrevido, elocuente y afectuoso.

En vista de la urgencia del caso, el Congreso resolvió hacer uso de toda su autoridad, y acordó al efecto unánimemente, que se pusieran las colonias en estado de defensa y se procediese desde luego á reunir tropas, á construir fuertes en varios puntos, á buscar

(\*) Véase la *Historia de la Constitución*, por Curtis, vol. I, pág. 30, donde se detalla perfectamente la situación del segundo Congreso continental, y la formación y carácter del gobierno revolucionario.

armas, etc., y para atender á los gastos que ocasionasen estas medidas, votóse una emisión de papel moneda que se inscribió con el nombre de, LAS COLONIAS UNIDAS. La Junta de Massachusetts había pedido al Congreso que se encargase de las fuerzas que se hallaban delante de Boston, y en su consecuencia, se acordó organizar diez compañías de tiradores en Pennsylvania, Maryland y Virginia, que debían pagarse de los fondos públicos. Nombráronse igualmente comités para que propusiesen los medios más convenientes á la defensa del país, y tal confianza se tenía en los conocimientos de Washington y su pericia, que se le nombró presidente de aquellos, cargo que aceptó gustoso, pues si bien era su más sincero deseo arreglar amistosamente la disputa con la madre patria, preveía que al fin iba á ser inevitable apelar á las armas, y siendo así, parecía conveniente prepararse á una vigorosa resistencia.

Hacia fines de abril, el pueblo de Nueva-York se reunió en Junta y nombró delegados para que le representase en el Congreso, al cual consultó poco después acerca de la conducta que debería observarse con las tropas que se esperaban de Inglaterra. El Congreso, en vista de las circunstancias, aconsejó al pueblo que vigilara y fuese activo, recomendándole eficazmente que en caso necesario rechazase la fuerza con la fuerza. También se resolvió trasladar los almacenes militares á un sitio seguro, y atender á la seguridad de las mujeres y niños cuando lo requiriese el caso.

El nombramiento de un jefe para el ejército continental era una de las cosas más difíciles y delicadas que tenía que resolver el Congreso. Contábanse muchos hombres de nota que podían con razón aspirar á tan distinguido honor, y por lo mismo no faltaban envidias y ambiciones difíciles de satis-

facer, con tanta más razón cuanto que era de la mayor importancia elegir un hombre aceptable para todas las colonias. El asunto se debatió entre los miembros del Congreso con la mayor ansiedad, puesto que, como ya hemos dicho, se trataba de un punto del mayor interés, y si bien desde un principio pareció á todos que Washington sería la persona más aceptable, como había otros hombres más antiguos en la carrera militar, tal como el general Ward, que se hallaba entonces delante de Boston, ocurrió la duda de si sería bien recibido el nombramiento. Por otra parte, la importancia de Virginia en la lucha con la madre patria, y la necesidad de hacer todo lo posible para que se conservase el ardiente patriotismo de la poderosa aristocracia de aquella colonia, exigía en cierto modo que se nombrase un jefe de Virginia. A pesar de todo esto, el día 15 de Junio, Washington fué propuesto por Johnson, de Maryland, y entonces se le eligió jefe por unanimidad (\*). Nosotros, que podemos retroceder en la marcha de la historia, vemos ahora claramente que Washington era el hombre, sino el único hombre más competente para el desempeño de su cometido, lo cual no es de extrañar si se atiende á que toda su carrera fué siempre la más á propósito para ocupar semejante puesto; y aun debemos creer que Dios favoreció la causa de nuestro país al enviarnos un hombre como aquel para conducir el ejército y obtener un éxito feliz en la revolución americana.

Al día siguiente Washington dió gracias á la Cámara por el señalado honor que le acababan de dispensar, y espresando modes-

(\*) Mr. Curtis ha escrito sobre este punto una larga é interesante nota que concluye así: «No hay duda que Washington fué elegido comandante en jefe por su indisputable mérito, y no por un compromiso de otra especie.» *Historia de la Constitución*, vol. I, pág. 11.

tamente sus dudas respecto á su disposición y pericia, y advirtiéndole á todos los circunstantes que no se creía suficientemente apto para desempeñar el cargo que le confiaban; manifestó que renunciaba desde luego á sus honorarios. Hé aquí las palabras que pronunció con este motivo: «Como el deseo de aumentar mis bienes, hubiera podido inducirme á aceptar este importante cargo, aun á costa de mi felicidad doméstica, no deseo aprovecharme de mi sueldo, y lo único que haré es formar una cuenta exacta de los gastos que ocurran, los cuales no dudo me abonará el Congreso. Esto es todo cuanto deseo.»

El día 20 de Junio Washington recibió su nombramiento (\*) y los miembros del Congreso se comprometieron unánimemente á prestarle toda clase de auxilios, ofreciéndole sus vidas y fortunas en favor de la causa de la libertad. Poco después fueron nombrados cuatro mayores generales que eran Artemas Ward, Israel Putnam, Felipe Schuyler y Carlos Lee, y además ocho brigadieres generales, cuyos nombres son los

(\*) El nombramiento de Washington estaba redactado del modo siguiente: «Depositando toda nuestra confianza en vuestro patriotismo, valor, conducta y fidelidad, hemos tenido á bien por la presente nombraros general y comandante en jefe del ejército de las Colonias Unidas y de todas las fuerzas reunidas ó que se reúnan, así como también de los voluntarios que ofrezcan sus servicios en defensa de la libertad americana. Por tanto, quedais revestido de los suficientes poderes y autoridad para obrar como os pareciere más oportuno, en bien del país; y en su consecuencia mandamos á todos los oficiales y soldados que se hallen bajo vuestras órdenes que sean obedientes y activos en el cumplimiento de sus deberes. Asimismo os encargamos seais cuidadoso en el desempeño de vuestras funciones, que establezcáis una rigurosa disciplina en el ejército, y que los soldados se ejerciten constantemente. Por lo demás, regularéis vuestra conducta en todos los casos con arreglo á la disciplina militar, cumpliendo puntualmente las órdenes que de vez en cuando recibireis de este Congreso, ó de otro cualquiera de las Colonias Unidas. Este nombramiento es válido hasta que sea revocado por uno de aquellos cuerpos.

Firmado, Juan Hancock, Presidente.